

TUMULO DE DUARTE MENESES.

Este magnífico túmulo fué mandado erigir por la condesa de Vianna, | D. Duarte de Meneses no lleva inscripción alguna, porque no con-
 Doña Isabel de Castro, esposa del valiente guerrero, en el convento | se le supiera en 1854.

tenen los restos del héroe que murió en un combate en las sierras de Bonaceli, después de haber salvado la vida al esforzado rey D. Alfonso V.

Este túmulo, además del gran valor histórico que tiene, por el recuerdo de las esclarecidas virtudes y ánimo esforzado del ilustre portugués, tiene un mérito real, el mérito artístico; tal vez no se encuentre en todo Portugal un modelo tan elegante y tan gracioso.

Los que quieran leer la descripción detallada de esta obra, así como los hechos del esforzado campeon á quien está dedicada, pueden consultar la *Historia de Santarem*, del P. Ignacio de la Piedad de Vassancelles; la *Crónica de D. Juan V*, por Cocha, y la del *Conde D. Duarte de Meneses*, Rey de Pina.

ANARQUÍA EN MATERIA DE GUSTOS

SOBRE

LA Apreciación DE LA BELLEZA.

Entre las cualidades cuya esencia se ha investigado con mas empeño por una multitud de autores, ocupa sin duda uno de los primeros lugares el que dice relación á lo bello. (Qué de indagaciones sin fruto, qué disparidad en los juicios, cuánta diversidad de sistemas! Nuestra alma, según Platón, tiene en sí misma la idea de la belleza *arquétipo*, imagen de la divinidad, la cual posee exclusivamente la suprema hermosura en su esencia: y esa esencia de lo bello, según el mismo, consiste en el orden, conveniencia y relaciones de concordancia existentes entre las partes para formar un todo regular y simétrico. Condiciones son esas que podrá satisfacer muchos gustos; pero un *oscurabajo* las reusa, y el escarabajo no es bello. San Agustín hace consistir la belleza en la *unidad*, y estamos en el mismo caso: mil objetos hay que son unos, y sin embargo son tenidos por feos. ¿Será que uno y otro escritor entendían por belleza otra cosa que lo entendían nosotros, ó que den á la voz mas latitud de la que tiene para la generalidad? Nosotros sospechamos que sí; y si la belleza para ellos es cuestión puramente *metafísica*, no tendremos dificultad en convenir en que la *araña* y el *sapo*, v. g., son bellos en ese sentido.

Aristóteles entiende por belleza *el complejo ó reunion de ideas de grandeza, orden y unidad que resaltan en los objetos*; pero aunque esto es ya dar un paso mas, nos parece, no obstante, que esta definición ofrece tan solo la idea de lo sublime, y que si cuadra á la *ballena*, por ejemplo, no es tan aplicable á la *rosa* ó al *grado cubierta de flores*. La *regularidad*, el *orden* y la *proporción*, exigidas por el padre Andrés; la *unidad en todo formada por partes variadas*, ó sea, la *unidad en la variedad* de que hablan Cousins, Mendelsouh, Cousin y otros, el *mayor número de ideas y sentimientos que la impresión de un objeto contribuye á excitar en el alma*, esencia de lo bello, según Sulzer; la *perfección observada*, condición indispensable de lo mismo, si nos atenemos á Volin; la *qualche maravilla* del padre Gordil; las *relaciones de utilidad mas ó menos patente que advertimos en los objetos*, con arreglo á lo que dice Ruzel; el *sentido moral interno* de Hutcheson y Smith; la *conveniencia de las partes con las funciones que ejercen*, según manifiesta Galiano... todos estos sistemas y otros muchos que podríamos citar, ó están sujetos á una ininidad de excepciones, ó esplican el fenómeno á medias, ó no hacen mas que esponer algunos de los rasgos que constituyen lo bello, sin que determinen su esencia, ó lo que es peor todavía, obligan, como el de Platón, á llamar antes lindas á muchos que en el modo común de ver no son sino feos y horribles.

Ranunciamos pues al proyecto de profundizar cuestion tan oscura, y conviniendo en que es bello todo lo que causa un placer, una sensación agradable y hasta cierto punto tranquila; prescindamos de inquirir las condiciones elementales de esa sensación, cuya anatomía, por decirlo así, aparece casi imposible. ¿Seremos mas felices limitando nuestras investigaciones á la sola cuestión del placer? Desde luego decimos que no. Un objeto que es grato á mis ojos, puede suceder que horripile á quien no lo mire cual yo; y entonces, ¿quién me dice que es cierto, ó que solo mi gusto es legítimo? ¿Dónde está el *arquétipo* ó la pauta á que podamos sujetar nuestros juicios en lo que concierne á lo bello?

Los placeres son relativos á la organización; entra en ellos por mucho el capricho, los desvirtuos y mala la costumbre, los ordenes ó proscripciones de la moda. Para distinguir en tales casos cuál placer es genuino ó no lo es, sirvanos en buen hora de regla aquello en que en todos tiempos conviene la generalidad de los hombres, y aun para eso tendríamos que limitarnos muchas veces á objetos puramente morales; ¿pero qué haremos cuando pueblos y naciones enteras miran con enojo

y rep con todo lo que otras naciones y pueblos contemplan con delicia y encanto?

Para que un hombre merezca el dictado de bello, es condición indispensable entre los rasgos que sea gordo y gracioso, que tenga la frente ancha, los ojos pequeños y hundidos, corta nariz, orejas grandes, hocos mediana, barba larga y cabellos negros. Las mujeres por su parte hacen consistir la esencia de su belleza en la pequeñez de sus plantas, siendo bien sabido el cuidado con que las nodrizas oprimen los piés á las niñas desde el momento en que nacen, para evitar con esto que los puedan crecer demasiado.

Entre los griegos y romanos era gala y lindera en las mujeres el tener una ceja en vez de dos, es decir, el ser cejuntas, presentando en su frente la marca que el novelista Eugenio Suárez atribuye al *Judío Errante*. Anacreonte celebra en su querido tan extravagante capricho, y Teófilo, Petronio y otros poetas antiguos encomian en las suyas otro tanto. Ovidio por su parte asegura que las damas romanas de su tiempo, llevadas del élan de aparecer cejuntas, se tenían el intermedio de las cejas: *arce superciliis confinia nuda repletis*.

La hermosura de las mujeres de Cumana, provincia de la América del Sur, consiste en tener las mejillas descarnadas, la cara larga y los muslos extraordinariamente gruesos. Para conseguir todo esto, se las oprime, desde que nacen, la cabeza entre dos rojines, y se las ata fuertemente las piernas por encima de las rodillas.

Los abisinios se encantan á la vista de una nariz chata ó que apenas resalta del rostro; los naturales del Brasil machucaban á los niños la punta de la nariz para así contemplarlos mas bellos, y los persas se enamoran de las narices curvas ó aguilenas, porque Giro, según ellos dicen, las tenía dispuestas así.

¿Y qué diremos de los habitantes de las islas Marianas, los cuales están en sus glorias cuando se tienen el pelo de blanco y los dientes de rojo ó de negro?

Entre los árabes del desierto, las mujeres se complacen en marear de negro el borde de sus párpados, prolongando una línea del mismo color á la parte esterna de los ojos, para que aparezcan así mas abiertos. En otros países se pinturaban las mujeres el rostro con una multitud de rayos azules, imitando, dicen, las venas, las cuales, en su modo de ver, contribuyen á realzar notablemente la hermosura si son excesivas en número. Por lo demás, nosotros creemos bastante entrar en pormenores acerca del pinturaje con que adornan su cuerpo ininidad de salvajes; siendo bien sabido el valor en que tienen sus colores y el tedio con que miran las carnes cuando la epidermis se oculta sin ese atavío artificial que tanto parece estar en contradicción con la naturaleza.

Entre las europeas se ha notado tambien gran placer en pintarse la tez, ya para dar á sus mejillas el sonrojo de que carecen, ya para sustituirlo con una pálida cadavérica; llegando algunas señoras de nuestros tiempos al extremo de sangrar repetidas veces por el solo placer de estar pálidas. Cuando en Francia era moda los colores y los lunares con que el arteificio tiraba á las damas, preguntó una de estas á cierto extranjero: ¿qué opinión formaba acerca de las beldades francesas?—Señora, respondió el extranjero, yo no sé qué decirles sobre esta punto, porque en materia de pintura soy conoedor harto flaco.

Cuando nuestra corte se hizo francesa, sabido es el influjo que en todo lo nacional ejercieron las modas de nuestros vecinos. Las pelucas y los polvos blancos que tanto nos desagradaban ahora, fueron largo tiempo el gran tono, la condición *sine qua non* de la belleza femenina y viril.

Pueblos hay en que es la gala teñirse las cejas de blanco, y pueblos en que la suma perfección consiste en llevarlas rapadas, contando, si no estamos equivocados, nuestras españolas del tiempo de los cartagineses entre las idólatras mas fanáticas de esta última y singular extravagancia. ¿Qué diremos de las barbas, bigotes, patillas y peras que tantas metamorfosis han sufrido y están destinadas á sufrir entre los hombres, y que si ora parecen lindísimas, mañanas presentarán el carácter de espantosamente deformes? El padre Hüller considera la *deformidad* muchas veces como uno de los rasgos *estereotipados* de lo bello, y aun cuando este modo de ver tenga visos de paradoja, no es sino muy fundado y muy cierto en lo que concierne á la moda. Bartolomé Leonardo de Argensola dijo muy bien á este propósito:

«Pona el rostro á lo turco ó nabateo,
Mostachos y adalares se perfilla,
Que es belleza tener algo de feo.»

Tanto en celo como en la mayoría de los casos que acabamos de citar, podemos decir, sin temor de equivocarnos, que la hermosura resultante de tan estruendos y diversas costumbres podrá serlo en buen hora á los preocupados ojos de los pueblos que la siguen; mas no por eso deduciremos legítimamente que ese gusto particular no esté radicado con la naturaleza. Esto, al darnos los dientes blancos, blancos los

serueh, y no negros; cojas quiere también la frente, por más que la preocupación ó la moda las raspe, así como quiere cola en los dogos, aun cuando el capricho los inutilice. Siempre que el arte desligure los seres de un modo chocante ó contrario á los fines de la naturaleza, bien puede asegurarse que el vicio se encuentra de parte de aquel. *Numquam aliud natura, aliud sapientia dedit.*

Hemos dicho arriba que la generalidad de los hombres conviene en la *belleza moral* con más facilidad que en la *física*, y esto es consecuencia sin duda del interés que tiene la sociedad en reconocer como *bellos* ó *buenos* ciertos principios, sin los cuales desaparecerían los lazos que unen á los hombres entre sí. Las acciones generosas y magnánimas serán siempre agradables y bellas á los ojos del mayor número, siendo muy pocas las excepciones que encuentre la regla en algunos corazones depravados. Casos hay, sin embargo, en que cuando la magnanimidad excede los límites de lo común (y esto pertenece ya á lo *sublime*), la humanidad varía en sus juicios acerca de ciertas acciones, y más si estas son resultado de la lucha entre la naturaleza y otros deberes, quedando aquella vencida. La muerte de los hijos de Bruto, ordenada por su mismo padre, es motivo de elogio para muchos, y de reprobación y anatema para no pocos. Nuestro inmortal *Guzmán el Bueno*, cuya patriótica conducta ha inspirado á Quintana uno de los himnos de alabanza más bellos que el Parnaso español reconoce, ha sido á los ojos de cierta poesía, cuyo nombre no podemos citar, objeto de animadversión y aun de execración.

..... Se llama *bueno*
Al que en Tarifa para abrir el seno
De su hijo Guzman el hierro stroja,
Y por servir á España en sus intentos
Á la natura y al amor stroja.

Estos versos retratan la mujer, cuyo corazón los ha dictado. La mujer es toda *doméstica*, y según la observación de un filósofo, tiene en menos que el hombre á la patria. Así, no es extraño que en la alternativa de sacrificar un sentimiento natural, ó deprimir un acto tan altamente patriótico, se haya declarado la escritora de que hablamos por el segundo de los dos extremos, hórrendo, como quiere Rousseau, del diccionario de las naciones modernas las palabras *patria* y *ciudadano*. El país, empero, en que hemos nacido puede ser para un alma elevada objeto de ternura y solicitud aun más que la esposa y los hijos, y la acción de Guzman el Bueno será siempre admirable y hermosa á los ojos de la humanidad, como lo es el sacrificio de Cotru, y como lo será para otros el hecho que se cita de Bruto. La inhumanidad aparente que resulta en esas acciones no se opone al carácter esencialmente *humanitario* de estas, porque siendo *humanidad* entregar la vida por la patria como dice Lilla, lo es también el sacrificio de los seres que nos son más caros, cuando la salud de la patria lo ordena, y cuando ese sacrificio preserva á una ciudad, á una provincia, á toda una nación por ventura, de males y desgracias sin cuento.

Por lo que toca á la *belleza literaria y artística*, los votos de los hombres no se hallan tampoco de acuerdo en todos los países y climas, reuniéndose también de la moda, de la preocupación, del capricho y de la organización individual. Metastasio y Laborde sostiene que no hay bello ideal *permanente* en pintura ni en música. Nuestra escala diatónica, que tan natural nos parece á nosotros los europeos, es insuportable para ciertos oídos orientales, los cuales se lastiman y asustan del efecto que les produce la colocación de nuestros semitonos. La escuela moderna, llamada *romántica*, ha originado en principios de *belleza literaria* elementos que hasta nuestros días habían sido considerados por la mayoría de los hombres, llamados de gusto, como horribles deformidades. Somos justos, sin embargo, y no atribuyamos á la tal escuela otras miras que las que realmente ha tenido. Su objeto era derrocar el yugo que pesaba sobre las letras, y al verificarlo ha pasado los límites de lo razonable, y los ha pasado á sabiendas. Las cosas han comenzado á volver á su juicio, y la exageración no es ya tan de moda como lo era antes. Tiempo vendrá en que, transigiendo sus diferencias los secretarios de ambos *esclavismos*, reconozcan unos y otros que el gusto literario y artístico debe ser tolerante y *variado*, y que empñarse en no reconocer sino ciertas y determinadas formas para representar la naturaleza, es lo mismo que exigir á los hombres que vistan un mismo traje, cualesquiera que sean sus climas y su modo de girar y existir. El gusto de que hablamos está más relacionado de lo que parece con los placeres materiales, en cuya apreciación se diferencian tanto los hombres, y así volveremos al tema que constituye principalmente el objeto de nuestra artemulo: á la naturaleza puramente física.

Así como en los casos de mutilación y pintorrajado no es posible sostener que los objetos así desfigurados tienen una belleza real, y que como tal debe ser recibida por todos, de la misma manera decimos que los gustos literarios y artísticos, emanantes de la misma

contradicción con las leyes de la naturaleza, son en sí ficticios y absurdos, por más que los autorice la moda, la preocupación ó la costumbre en países ó naciones enteras.

La arquitectura churrigueresca ha caído como efecto de circunstancias transitorias, y así irán cayendo otros usos en otros países del globo por la misma y sencilla razón. ¿Cómo puede ser eterno en Guinea el prurito de taladrar el labio inferior á las niñas, procurando abultarlo horriblemente, deprimiéndolo después de un modo espantoso, y haciendo consistir en ello la belleza del rostro mujeril? La verdadera y legítima civilización, esa civilización que vindica los derechos de la naturaleza, en vez de proscríbirlos ó ultrajarlos, penetrará tarde ó temprano en ese país, y sus mercaderes reconocerán el absurdo de semejantes prácticas. Pero las cosas tienen un término, y debemos ser razonables. Habitantes de países enteros salen de manos de la naturaleza con una configuración que no es la nuestra, con un color exclusivamente suyo, color y configuración, que si á nosotros nos parecen feos, para ellos deben ser, como en efecto lo son, agradables y hermosos. Las formas graciosas y suaves de una georgiana son, á nuestros ojos, objetos de encanto y admiración; pero, ¿exigiremos el mismo placer del kalmucko, que dotado por la naturaleza de rasgos groseros y bruscamente pronunciados, se place en contemplar con preferencia los seres pertenecientes á su raza? La Venus de Médicis y el Apolo de Belvedere son hasta ahora el tipo más bello de otra raza que nosotros nos ostentamos en admirar; pero un negro de Guinea desearía ante todo un mármol negro, y aun si fuera posible acetoso, exigiendo además entre otras cosas dos ojos hundidos y una triste nariz achatada. ¿Proscríbiremos el gusto del negro? Interrogad al diablo, dice Voltaire, y él os dirá que la belleza consiste en tener un par de cuernos, cuatro patas y un rabo; ¿Qué le responderíamos nosotros? Que en lo que toca á objetos puramente físicos, si bien no merecen respeto toda clase de extravagancias, es frecuentemente muy justo el refrán ó adagio que dice: *sobre gustos no hay disputa*.

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

LOS PLUMIFEROS UNIVERSALES.

Para revisar una escuadra se necesita por lo menos ser cabo; para hacer lo mismo con un ejército, general. Pero para revisar el mundo entero desde las testas coronadas hasta los infelices porfidosos; para examinar los teatros, las funciones de iglesia, las corridas de toros, la guerra de Oriente, las instituciones, las modas, el pasado, el presente y el porvenir, es preciso ser nada menos que todo un escritor público, un plumífero universal. ¿Que les vayan luego haciendo ascos? ¿Quién si no ellos lleva á feliz y venturoso término tan arriesgada empresa? Y no se me replique que en la imposibilidad de abarcar tantos asuntos, no los tratarán detenidamente, pues con feccionador de revistas conozco yo que es capaz de dedicar un párrafo entero y verdadero al barbero del tenor, ó la modista de la prima donna, si llega á figurarse por un rasguño ó un frunce que no han cumplido á conciencia con su obligación.

Pero señor, estoy oyendo que dice un autor: estas cosas, si todos las vemos, ¿á qué necesitamos que nos las cuenten? Lo que al público le hace falta son ciertas profundidades que no están al alcance del que no se toma más trabajo que el de ver, y encomienda á los periodistas el de pensar.

Poco á poco, amigo mío, que todo se vuelve pólvora en salvas; y á buen seguro, que antes se escorpará un precio de las cavernas de Pluton, que una comedia nueva de su correspondiente crítica; pero qué crítica! ¿profundísima! Figúrese Vd. que algunas veces el mismo autor es el que examina la obra, y nadie puede hacerlo con mejores datos: esto cuando el juicio es favorable; que cuando no, tenga usted por cosa cierta que el escritor no puede ver al poeta, y como busca enearnadamente los defectos, regularmente los halla; y digo regularmente, porque hay casos en que esto no es tan fácil; pero de todos modos criticará lo que esté bien; otros periódicos contestan rebatiéndole, y al fin y al cabo malo ha de ser que no se ilustre usted algo con la polémica.

Esto es cuanto á comedias; que en cuanto á otras producciones ya varía el caso; si sus versos, no hay como no haberlos leído para escribir sobre su mérito; y no se crea que esto se pulla, porque recuerdo haber oído en las redacciones más de una vez diálogos por este estilo:

— Hombre, escriba Vd. un suelto alabando unas composiciones poéticas que ha publicado mi amigo Nicomedes.

— ¿Y por qué no le escribe Vd.?

— Porque no he podido zafarme del autor, que esta mañana me ha recitado medio tomo. Yo ve Vd. que con semejante impresión no podrá decir nada bueno. Á Vd. deberá costarle menos trabajo hacer el

elogia, porque no ha tenido el disgusto de oír una cosa tan delectable.

Y el diligente redactor toma la pluma y escribe: *No podemos menos de recomendar á nuestros lectores las recogidas y sobresalientes poesías de D. Nicomedes Palomo de Gonzalez; en ellas encontrarán unidas la galanura del verso con la elevación de los pensamientos, y un estudio concienzudo de nuestros clásicos.*

Señejanse alabanzas no comprometidas, porque en la época que atravesamos ya nadie lee los ardientes delirios de los vales, como no sean los cajistas, la familia del impresor y algún amigo á quien el autor regala un ejemplar por atención.

¿Pues y los artículos de modas? Todo un *Quijote* fué necesario para acabar con los libros de caballeros; pues una sola revista, auxiliada por una guerrilla de cocotillas, ha obligado á retirarse avergonzadas á las atrevidas mozas, que estaban enseñoreadas de las femeniles testas á principios del año de gracia que trascurre.

Es cierto que Vd. calificará estos asuntos de triviales; pero dígame sobre qué materia quiere que verse el articulo, y verá en un momento los resortes ocultos de que echa mano en tales circunstancias. ¿Quiere Vd. estar al corriente de los usos y costumbres de los griegos, de los rusos ó de los turcos, ó le agrada más el que demos un paseo por Constantinopla? Sí; esto será lo mejor, porque es pueblo que ahora está en moda. Pues señor... Aquí el articulista se rasca la punta de la nariz; fija su vista en el cielo raso; su ardiente imaginación mira desembocar el canal del mar Negro; como un río soberbio; se acuerda de haber oído unos versos que dicen:

Asia á un lado,
Al otro Europa
Y frente á frente Stambul.



(Patio de los arayanes en la Alhambra.)

Los nombres de Setari y Galata estan próximos á salir del cañon de su pluma; pero ¡oh felicidad! Chateaubriand ha escrito el itinerario de Paris á Jerusalem, y se devoto este caballero algunos dias en Constantinopla; pues ya no se necesita más.

Dice el viajero *L'absente presque total des femmes, le manque de voitures á véner, etc.*

Escribe nuestro héroe: «Las calles de Constantinopla presentan el aspecto mas sepulcral; ni el ruido de los carruajes, ni la presencia de las musulmanas que gimen encerradas, nada, nada absolutamente que distraiga el ánimo ni alegre la fantasia. Multitud de perros sin dueño.» En fin, con este retazo sobra para muestra, que no es cosa de enjaretar una descripción entera.

Poco importa qué lo que se traduce esté escrito antes ó después del diluvio; ello trata de Constantinopla y basta.

No quiero concluir el artículo sin elogiar cumplidamente la *sagrada union* de los enciclopedistas, de esos antorchas del saber humano, cuyos fuegos, no por ser fatuas, dejan de esparcir su poquito de difusa claridad.

Si; yo os consagro mi panegirico á pesar de todo, espejos de mil facetas, que reflejando rayos de tantos colores les amalgamais y les hazeis penetrar en mágica y pintoresca confusión hasta la tranquila mente del erudito portero, de ese suscriptor de mérito de todas las publicaciones hábidas y por haber, de ese hombre, que si no fuera por vosotros, ignoraria lo que querian decir elucubraciones, elutesis riqui-

simas, arbitrariades, golpes de estado, etc. y después de haberos leído, se encuentra (aun á propósito para reformar la ley electoral, como para disertar sobre el magnetismo, derripar el ministerio ó esterminar la oruga.

SERAFIN OLABE.

MONOGRAFIA DE LA CORBATA.

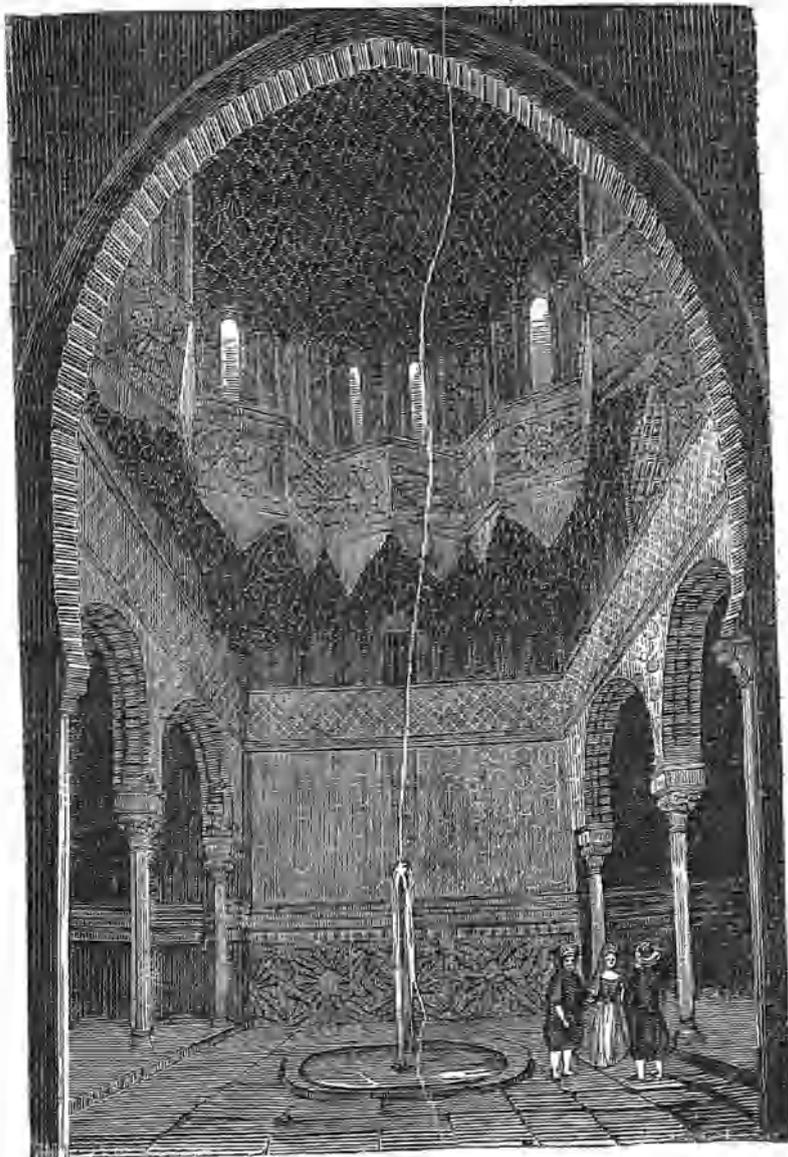
Varios escritores han pretendido demostrar que el uso de la corbata es de origen moderno. Si bien es cierto que los antiguos no conocieron el arte de rodear elegantemente el cuello con un pañuelo ó un pedazo de tela, esto tambien que los egipcios, para librarse de los peligrosos efectos del aire y del sereno, se cubrian la garganta con una cluta de seda ó de lana, adornada algunas veces de oro y de pedrerías. En algunos pueblos griegos se adoptó esta costumbre; pero los espartanos consideraron siempre como un punto de honor el presentarse en público con el cuello descubierta. Los romanos erexeron tambien que interesaba á la dignidad nacional el permanecer con el cuello desnudo; sin embargo, cuando hacia mal tiempo, ó el frio era más vivo que de costumbre, se les veia aplicar su mano á la garganta y cubrirsela con el extremo de la toga. Ultimamente, se usaba en Roma una especie de corbata que se llamaba *focal*. Alejandro Sévero se servia de ella cuando salia del baño para dirigirse á su palacio.

Augusto la usaba también con frecuencia, aunque nunca se presentaba con ella en público; y Neron, según refiere Tácito, llevaba siempre un pañuelo al cuello para conservar la claridad de su voz.

A la caída del imperio romano, todos los bárbaros que habían venido á establecerse en el Mediodía de la Europa, llevaban sus vestidos tan escotados por el pecho y por la espalda, que su cuello permanecía siempre completamente desnudo. Los orientales, los rusos, y una parte de los habitantes de la Polonia y de la Hungría conservan la costumbre de no ponerse nada al cuello, aunque los rusos, para librarse del mucho frío que ordinariamente reina en su país, dejaban crecer su barba, que les abrigaba suficientemente parte de la cara, el cuello y lo alto del pecho.

A medida que la civilización añadía alguna prenda al traje de nuestros antepasados, creaba ella nuevos gustos y daba nacimiento á la moda.

Las camisas no se trajeron en Francia hasta la época de las cruzadas. Mucho tiempo se estuvieron haciendo de una especie de lana muy ordinaria, y al fin del siglo IV fué cuando empezó á hacerse uso de camisas de tela; se llevaban sin cuello; pero poco tiempo después se pensó añadir un pedazo de tela para abrigar la garganta, y de aquí nacieron las gorgueras, los cuellos elevados, las toras bordadas y las gargantillas plegadas. Esta moda, que se introdujo bajo el reinado de Francisco I, duró hasta después de la muerte de Enrique III. Entonces cambió la moda, y el cuello que se había añadido á la camisa se



RAFAEL M.

(Sala de los abencerrajes en la Alhambra.)

echó sobre el vestido. El cuello estendido así y recortado un poco por detrás, se llamaba *valona*, reforma que vino á ser el adorno indispensable de todos aquellos que pretendían seguir con regularidad á las modas; y como el lujo iba siempre creciendo, se inventó hacer las *valonas* postizas, y de una tela fina y almidonada, guarnecida de encajes, que se unían por delante por medio de dos cintas adornadas de borlitas mas ó menos ricas.

De aquí se deriva la etimología de la palabra corbata. Menos se dice que esto es una corrupción de la antigua palabra *carabata*, que era una clase de cuello para uso de los carabineros, especie de caballería ligera del siglo XVI. Furetierre, al contrario, pretende que esta palabra viene de la costumbre que tenían los croatas de llevar alrededor del cuello un pedazo de tela, al que se había dado aquel nombre. Lo que no obliga á separarnos de esta opinión es que en el año de 1660 se vió llegar á Francia un regimiento de caballería extranjera, com-

puesto de croatas, que llamaba la atención por la singular costumbre de llevar al cuello una especie de adorno de tela ordinaria; los soldados y los oficiales de muselina ó de seda, cuyos extremos, formando un lazo y guarnecidos de borlas, caían sobre el pecho con notable elegancia.

Inmediatamente fué imitada esta moda por los parisienses, que le dieron el nombre de *Croate*, y por corrupción el de *Crabate*.

El regimiento que la dió á conocer primero fué llamado mas tarde *royal Cravate*, nombre singular que conservó hasta la conclusión del reinado de Luis XV: luego este regimiento vino á llenar en el ejército francés las mismas funciones que la antigua caballería ligera, carabineros y albaneses, y que los pandoros y húsares de los emperadores de Alemania. La gran boga que logró adquirir la corbata, imitación de las que traían los soldados extranjeros, hizo que se abandonara la moda de las valonas, dejando solo su uso á los eclesiásticos y á los

segados, quienes la modificaron y la dieron nueva forma, que ha conservado hasta nuestros días.

En la batalla de Steinkerke, ganada por el mariscal de Luxemburgo el 5 de agosto de 1692, Guillermo de Orange había sorprendido al ejército francés cuando el calor del día era más vivo y más grande; los príncipes de la sangre real de Francia, ansiosos de tomar parte en el combate, volvieron á ponerse sus largas y ricas corbatas de encaje; vieron á sus soldados en desorden, y reconocidos por ellos los llevan otra vez á combatir. Desde entonces toda la Francia quería llevar sus *Steinkerke*, y la moda duraba aun bajo la regencia, porque Regnard la cita pintando la costumbre de los elegantes de la época.

Esta moda, que no podía durar mucho tiempo, dió lugar á otra menos complicada, la de una corbata casi parecida á la nuestra, con la diferencia que los extremos no estaban guarnecidos de encajes ricamente bordados. A esta época es donde quieren hacer remontar la introducción en los regimientos franceses del cuello militar, que no era más que una corbata sin presilla, fija alrededor de la garganta por un broche á hebilla, y cuya forma, lo mismo que el traje, ha variado después multitud de veces.

El uso de los cuellos pasó del ejército al mundo elegante; quien los usaba de batista, de seda negra y de tafetan del mismo color; así se estilaron hasta la conclusión del reinado de Luis XVI. Durante un corto tiempo fueron sustituidos por los lazos de cintas y los abotellados; pero fué de corta duración la moda de estos nuevos adornos, porque la revolución que iba tomando formas gigantescas, fué destruyendo no solo las antiguas instituciones políticas, sino también reformando las costumbres, cambiando los usos del pueblo, y no dejando del pasado más que los recuerdos.

Antes de la revolución francesa, dice el célebre cirujano Percy, se llevaban pocos cuellos, tratando de imitar á los romanos, á los griegos y á los espartanos; pero como era preciso que la garganta se hallara completamente desnuda á ejemplo de Bruto, Péricles y Leonidas, á quienes ellos habían tomado por modelos, se escataban tanto, que se cuenta de ciertos individuos sumamente exagerados, que llevaban descubierta hasta cerca del pecho, costumbre que tenía cierta cosa de siniestro recordando á las víctimas de aquella época, y no excitando más que la hula y el desprecio.

Por esta época volvieron á llevarse las corbatas con tal furor, que la relación que se haga de ellas parecerá muy exagerada para el que no haya sido testigo de ellas: había algunos que envolvían el cuello en piezas enteras de muselina; otros con tantos pañuelos, que formaban una especie de promontorio, levantándose sobre el nivel de la cabeza: el cuello de la camisa llegaba por encima de las orejas, y por delante hasta cubrir el labio inferior, de modo que con la cara rodeada de una larga barba, y con el pelo sumamente corto, presentaban el aspecto más ridículo que se puede imaginar. El alma parecía hultada á las mismas proporciones que el rostro: y como con semejante traje podían conservarse el libre ejercicio de las facultades intelectuales? La cabeza debía hallarse llena de sangre, y el cerebro en una compresión permanente: así es que esta moda extravagante fué causa de multitud de apoplejías fulminantes y de delirios incurables. Erán graciosas caricaturas vestidas de tal modo que no podían mirar más que de frente, y cuando querían ver lo que pasaba al lado suyo, tenían necesidad de volver todo el cuerpo, con el cual formaban una pieza inamovible el cuello y la cabeza, de suerte que parecían estatuas grotescas, medio bosquejadas aun.

Como en Francia el uso de las corbatas no ha tenido, como en Inglaterra, el objeto de cubrir las deformidades ó las horribles cicatrices que las escrófulas dejaban tan frecuentemente en los hijos de la soberbia Albión, se cansaron bien pronto de ellas, y en tiempo del consulado se vieron ya aparecer los cuellos de muselina, que muy pronto fueron sustituidos por la corbata de elegante lazo: entonces nació el arte tan completo de unir con gracia los dos extremos de la corbata, de modo que indicara el nacimiento, la educación, el tono, y lo que es más, los diversos sentimientos que podrían agitar al que se adornaba su cuello.

Sería necesario escribir un volumen muy abultado, si fuéramos á hacer relación de las diversas variaciones que ha sufrido la corbata, y los diferentes nombres que se han aplicado al modo de llevarla. Citemos los más principales, y diremos que se han llevado corbatas á la *matemática*, á la *Marat*, á la *Americana*, á la *Italiana*, á la *Swissessa*, á la *provincial*, á la *Oriental*, á la *militar*, á la *melancolica*, á la *Byron*, á la *Tatna*, á la *Baryamé*, á la *negligée*, á la *gastónoma*, á la *Artiuocourt*, á la *Colin*, á la *Rossini*, á la *Lionese*, etc., etc. Todo el mundo sabe que después del poco glorioso del *Col de Tenin* en *Africa* se designa con este nombre á los enormes cuellos de camelis altos y muy almidonados, que llevan ciertos personajes algo atrasados en su *toilette*. Barbarescamente se llaman *velas* á estos cuellos en los pueblos de puerto de mar.

Las ópiniones de provincias y algunos artistas y estudiantes de Pa-

ris, que no tenían crédito con la planchadora ni con la lavadora, introdujeron la costumbre de los cuellos de papel; pero nada se había presentado con ellos en el gran mundo, hasta que de repente se vió á uno de los libreros más ricos de París presentarse en los paseos y en los salones de la capital con un magnífico cuello de papel vitela, á que había añadido un ligero adorno de pespuete, artísticamente trazado con una regla y un punzón.

Esta moda hizo furor durante muy corto tiempo, porque era económica, y porque presentaba la es inconvenientes, que al momento se caían ó se ponían inservibles por la lluvia ó el calor.

No pasamos á hablar de la corbata bajo el punto de vista higiénico, ni de los peligros que ella ofrece cuando está demasiado ajustada; tampoco nos estendemos sobre los diferentes colores que según las circunstancias debe tener la corbata; todo el mundo sabe que el color de este adorno, lo mismo que el de todos los demás que cubren al hombre, indican con más ó menos seguridad el gozo ó tristeza que les domina. Esto sucede también en el modo de llevarla, y por eso se halla uno dispuesto á calificar de loco á aquel que tiene la corbata en completo desorden, mientras que por el contrario, un lazo hecho con esmero y cuidado indica un carácter juicioso y amigo del orden.

Es verdad que todos estos indicios varían según las circunstancias y según las exigencias de la moda.

Los colores de la corbata no son tampoco los menos significativos para dar á conocer el carácter de cada uno, si ha habido libertad en la elección. Por esto las corbatas de fantasía, que se llevan en la estación de verano, pueden, hasta cierto punto, indicar el carácter, el humor y el buen gusto del que la lleva. El hombre de genio alegre y festivo suele llevar la corbata de colores vivos y claros; el triste y ensimismado de colores oscuros; el artista, de pequeños dibujos, en los que resaltan varias flores; el original, de un color especial en su género, pero elegante; y el pretencioso lleno de vanidad, de grandes rayas de muy mal gusto.

Fuera de estos colores que solo se tratan en una estación ó año y que suelen servir para el campo ó para salir de *negligés* por la mañana, los colores de la corbata realmente no suelen ser más que de dos clases: blanco ó negro; el primero ha reinado absolutamente desde el tiempo de Luis XIV hasta la revolución, y el segundo, traído por los militares bajo el imperio, subsistió durante las dos épocas de la restauración y de Luis Felipe. Últimamente era de rigor para con trajes de sociedad, y la corbata blanca solo la usaban los recién casados. Hoy día la corbata negra es más bien de *negligés*, habiendo sido reemplazada para vestir por la blanca con las puntas bordadas.

Los lazos han vuelto á renacer, y es para los elegantes un requisito indispensable.

USOS Y COSTUMBRES DE LOS MANDARINES CHINOS.

El abate Vinzot, misionero en China, ha publicado en un periódico extranjero los siguientes detalles sobre los usos y costumbres de los mandarines chinos, que creemos serán leídos con mucho interés.

Sé-Tchonan 20 de agosto de 1835 (1).

Hace ya un año que el camino que conduce de Sé-Tchonan á Canton se halla ocupado por los insurgentes, y esta es la razón por que no habréis podido recibir mi carta. Aunque en la actualidad sigue la guerra con encarnizamiento, el comercio, sin embargo, vuelve á respirar poco á poco; se hace ya el viaje á Canton, y nosotros podemos enviar allá nuestros cristianos, llevar nuestras comisiones y tomar el dinero y demás cosas que nos son enviadas para la propagación de la fé.

La guerra es aquí terrible, porque los vencedores no dan cuartel á los vencidos, y si no pueden escaparse su muerte es segura. Todos los días se cuenta que en las provincias vecinas son asesinados los mandarines, y saqueadas las ciudades, y hasta se añade que dentro de poco los insurgentes tomarán posesión de esta provincia. Esto me importaría muy poco por lo que tiene relación conmigo: creo que ningún perjuicio se me seguiría, á no ser que quisieran hacerme comandante, porque después de la guerra con los ingleses en 1840, tienen formado un gran concepto de la capacidad militar de los europeos. Pero en realidad nada tengo que temer.

Los cristianos con quienes yo estoy se hallan sobre elevadas montañas, inaccesibles á los ejércitos. Se ven muchos sitios donde no se encuentra camino alguno, y los que hay donde nosotros estamos son muy penosos y muy difíciles de superar. Es seguro que no se pueden

(1) El Sé-Tchonan es una provincia interior del imperio chino, que linda al Norte con el Chen-ki y el Sián de la Mongolia; al Este con las provincias de Heen-pé y de Hou-ann; al Sur con las de Kiuán-tchou y de Yau-nan; y al Oeste con el Yüéi. Esta provincia es rica y fértil, y contiene multitud de fortalezas y ciudades de gran importancia.

transitar con perirechos de guerra. Además de lo difícil que estos caminos son, se han construido multitud de fortalezas sobre las alturas para guardarse en ellas en caso de necesidad. Sin embargo, nuestros mandarines, asistidos por la aproximación de los insurgentes, procuran reunir todo el dinero posible, y lo mandan á un sitio dado, á fin de contar con recursos en caso de huida. Así es que las crueldades é injusticias que estos tiranos del pueblo ejercen todos los días, son infinitas.

Fácilmente podrá tenerse una idea de ello si se presta atención á los hechos siguientes: Cuando se llega á reunir una cantidad de dinero, es preciso prestársela al mandarín, y si se niega á ello es agarrado y arrojado en una prisión de donde no se pueda salir sino después de haber dado doble cantidad de la que se le había pedido. Se dice que las leyes son buenas en China; pero ellas son atropelladas y menospreciadas. Llegando hasta el caso de prohibir á un particular que tenga la colección en su casa, bajo pena de unos cuantos latigazos ó la multa de algunos cientos de francos.

Cuando uno tiene mala voluntad contra sus vecinos, encuentra mil medios á cual mas seguro para vengarse; pero el mas eficaz es el de acusarles ante el preboste de los mandarines.

Estos pactos chinos se apresuran á enviar sus satélites para prender á los acusados, y no serán puestos en libertad sino después de haber habido una grande suma de dinero. Si por mucha firmeza de carácter refusan entregar cantidad alguna, al momento son conducidos ante un tribunal donde se les hace poner de rodillas, se les da veinticinco ó cincuenta palos, y después de recibirlos se habla del crimen denunciado por el acusador. Antes de empezar el exámen de la acusación es preciso pagar adelantado las costas del proceso, porque nunca un mandarín trabaja ni pronuncia una palabra gratuitamente. El acusador y el acusado pagan desde luego las costas por mitad, aunque tendrá que pagarlo todo este último si el primero es pobre y no tiene con qué; poco importa para esto que sea inocente y el acusador injusto.

El año último se arrojó al río una mujer con su niño por haber tenido ciertos disgustos con su marido. Al momento se apresuraron sus parientes á presentarse ante el mandarín y le denunciaron á cincuenta familias ricas de los alrededores, acusándolas, no de haber sido causa del suicidio, sino de no haberle impedido. El mandarín tomó los nombres de los acusados, les hizo prender, agarrar y conducir ante su tribunal. Algunos vivían á media legua del lugar de la catástrofe y no tenían ni el menor conocimiento de ella; pero no por eso lograron ponerse á cubierto de la acusación, y por satisfacer á la justicia se vieron obligados á unirse para afrontar una suma de seiscientos francos, que se repartieron entre el mandarín y los parientes de la víctima.

Si alguno muere en nuestra casa ó en sus dependencias, estáis obligado á pagar todos los gastos funerales y dar de comer durante tres días á todos aquellos que vayan á vuestra casa, teniendo ellos el derecho de maltrataros si os negáis á dar lo que os piden.

Ahorcándose alguno en vuestros árboles ó ahogándose en el río que pasa cerca de vuestra casa, es una desgracia que os traerá funestas consecuencias, y ella sola basta para reducir á la mendicidad ó un propietario que tenga trescientos francos de renta, porque al momento sería acusado de este crimen, y obligado á dar sumas considerables, tanto al mandarín como á los parientes del suicida. Yo conozco á un rico chino á quien un mendigo amenazó con colgarse de uno de sus árboles, sacándole de este modo cierta cantidad por evitar el peligro que le amenazaba.

Hace ya cerca de un año que los mandarines han cesado de perseguirnos; de modo que nosotros andamos con libertad y vamos á administrar muchas veces los sacramentos hasta en medio de los paganos. Nos toman por médicos, y no parecen sospechar que ejercemos al mismo tiempo actos de religión.

Después de un año que hace estoy por aquí, ensiendo bastante bien la lengua del país; sin embargo, aun no puedo predicar en público, porque no tengo el acento bastante formado para hacerme comprender.

EL SEÑOR JOSÉ GONZALEZ.

Era natural de Arnedo. Desde el año 1650 ya empezó á parecer con distinción en la larga carrera de la magistratura, en los negocios políticos, en comisiones del gobierno, en causas reservadas, en tribunales ocultos de corte y de palacio; Alcalde de corte, Consejero y Comisionado para ir con D. Luis de Haro, primer ministro, á ajustar la paz de los Pirineos con el Cardenal Mazarino, Consejero, Camarista, Comisario de Cruzada, Gobernador del Consejo de Indias, con facultades para transigir, y Gobernador del Consejo de Hacienda, amigo íntimo

del conde-duque de Olivares, y por tanto de la confianza del rey, sucesivamente amigo de D. Luis de Haro, del P. Everardo, ya Inquisidor General, y de todos los que mandan.

Habil juriscónsulto, elocuente político, ambicioso de gloria, astuto, reservado y codicioso, sirve al rey con actividad y acierto; y con el rey sirve mejor á sí mismo. Junió un tesoro y fundó un mayorazgo para su hijo D. Juan, también del consejo. Murió en 1665.

Cuando murió su amigo D. Juan de Góngora un poco antes de él, se le dió al público este aviso.

Góngora murió, y de aquí
podéis inferir, marciales,
que también se ha de morir
el señor José Gonzalez.

El año de 16 que estaba en todo su auge, hizo un testamento factuoso, de que tiene copia el que escribe estas notas y tambien de su codicilo reformado poco antes de morir. En aquel está el mayorazgo fundado con seis ó ocho grandes y presidentes de los consejos á quienes hace testamentarios, y protectores de su disposición. Quiere que el rey le premie señaladamente el viaje que hizo á los Pirineos. La casa principal en que vive, hecha y trazada por él mismo (esquina de la calle de las Rejas, donde suelen vivir los embajadores de Inglaterra), el palacio, jardines y haciendas, hechas por él, compradas en Badilla. El patronato de aquel convento de carmelitas que fundó, la casa del año de Buena-Vista que compró donde hoy hace la suya el duque de Alba cerca del Prado, y otras muchas fincas y rentas, entrán en la vinculación, haciendo cuanto pueda para que no vaya á parar al conde de Torrepalacio, que hoy es el poseedor de lo que ha quedado.

En este se reformó en horas mas desengañadas. Las rentas se aplican á memorias, obras pías, y limosnas que actualmente se cumplen.

Las estatuas de mármol que trajo de Italia para adornar los jardines de Badilla, las compró el marqués de Mirabal, cuando fué presidente del Consejo; hoy las tiene el duque de Infantado en su palacio de Chamartín. Algunas son muy buenas.

Dice el conde de Campomanes que en el archivo del Consejo estan los autos que se le hicieron por acusación y demanda formal de peculado que le puso un fiscal del Consejo.

Que Gonzalez hizo su defensa muy elocuente y buena, lo qual está impresa y acompaña al proceso. Que incomodándole mucho ser el objeto de la expectacion pública y lo mucho que de él se hablaba en Madrid, acudió á los resortes de su politica para echarle encima otro objeto de mayor atención, y que al mismo tiempo ilustrase su nombre ahogándose el otro. Como lo pensó, lo hizo y le salió. Propuso pues á Felipe IV la creación de la junta de la Inmaculada Concepcion, con su augusta real autoridad, para los altos fines que esplicó á S. M. Se le aceptó el pensamiento; todos se aplicaron á trabajar y á escribir sobre él. Llegó á su feliz ejecucion, y se acabaron las conversaciones amargas del feo peculado.

Cuando en 1642 desterró Felipe IV al conde-duque de Olivares á Loeches, hubo ciertas cosas secretas que no se supieron en aquel tiempo, y tambien con la condesa su mujer que se quedó en Madrid y era camarera mayor.

El rey echó mano de José Gonzalez, le envió en secreto á Loeches con cartas de su puño. Se entendió el rey con los condes, y José Gonzalez con el rey y con ellos. La certeza de todo esto la tiene él que lo escribe aquí, en cinco cartas originales de letra del mismo Gonzalez escritas al rey. S. M. se las envió en los dias de sus fechas, con las respuestas al margen de su mano y rubricas. Todas están bien conservadas. Esto se escribió en 1785.

VIOLA CORROIDO.

ROMANCE.

A UN ARQUITECTO

A tí, mi querido Juan,
que eres sastre de edificios
y constructor de fachadas,
ó arquitecto, que es lo mismo;
Yo que á fuer de literato
de todo entiendo un poquito,
consejos arquitectónicos
en un romance le edifico.

Escúchalos con cuidado,
que la musa de lo artístico
me los dictó la otra tarde
en la cúspide del Pindo.

Escúchalos, y desprecia
las rarezas de lo antiguo,
con aquellas paparruchas
de lo dórico y corintio.

¿Qué valen, di, Grecia y Roma,
con sus moles de granito,
alzando altivas sus frentes
á través de tantos siglos?

¿Qué son, sino mazacotes
las pirámides de Egipto,
las acrópolis, los arcos,
y las termas y los circos?

¿Qué valen ya las mezquitas,
los alcázares moriscos,
las góticas catedrales
y los feudales castillos?

¡Oh Juan! no pases las horas
viendo en estudio prolijo
sus calados ajimeces
y sus matizados vidrios.

París, París el moderno,
es el modelo y el tipo,
que si anhelas fama eterna
has de estudiar con ahínco.

Mira con cual gallardía
luce, elegante y sencillo,
sus palacios de buen gusto,
tan cómodos, tan bonitos.

Mira alzarse hasta las nubes
uno sobre otro sus pisos,
lo mismo que en un estante
las tablas llenas de libros.

No busques en sus fachadas
de Paros mármoles limpios,
ni calados, ni relieves
en dura piedra esculpidos.

Busca de barro y de yeso
recargados adornitos,
y de luciente escayola
el casi mármoleo brillo;

Que es muy barato y muy bello
enlodar los frontispicios,
y que al llover se deshagan
lo mismo que azucarillos.

Sobre columnas de hierro
y cristales ¡oh prodigio!
mira manzanas enteras
elevarse hasta el Olimpo.

Así parecen las casas
estar en zancos ó en hilo,
ó bailarina ardaluzá
remangándose el vestido.

Pero dejemos á Francia,
y á Madrid vente conmigo,
verás al pié de la letra
todo aquello traducido.

Verás perderse en las nubes
los sotabancos altivos,
haciendo á sus habitantes
de los ángeles vecinos.

Verás pintadas las casas
de rojo, azul y amarillo;
todo un claustro de doctores
representando á lo vivo.

Verás muchas que compiten,
en adornos infinitos,
con los palacios de Herodes,
de un nacimiento de niños.

¿No te encantan esos muros
con floreos y cuadritos,
imitando estera fina
sobre fondo de ladrillo?

¿Pues y el vestir las iglesias
cual si fuesen gilguerillos,
á modo de catedrales
de Alcovendas ó de Pinto?

Mira ese largo convento
por el tiempo ennegrecido,
que está diciendo sin lengua
la barbarie de otros siglos.

Nosotros para ilustrarlo
de almazarrón lo vestimos,
con venas de hoja de lata
á manera de pelizcos.

Caigan pues los sncios restos,
que rechazan por indignos
el ornato y la cultura
de la tierra en que vivimos.

Bien hayan las gacelillas
que elaman con celo activo
para que á todos los pongan,
con fresa y natillas, limpios.

Afuera, afuera antiguallas:
Madrid moderno es mas lindo
con sus balcones formados
como ejército de quintos.

De portales y escaleras
con el espléndido brillo,
que al portero y los caballos
da el lugar mas esquisito.

Con sus Babeles, que encierran
todo un pueblo en su recinto;
miseras celdas por dentro,
por fuera alcázares ricos.

Con sus casitas de campo,
vulgo despachos de vino,
tan animadas y alegres,
sobre todo los domingos.

Con sus quintas para muertos,
con sus quintas para vivos,
donde entre flores y polvo
facen todos en retiro.

Conque Juan, si has de ser sabio
y grande, y casi divino,
haz que te ensalcen las gentes
ensalzándote á tí mismo.

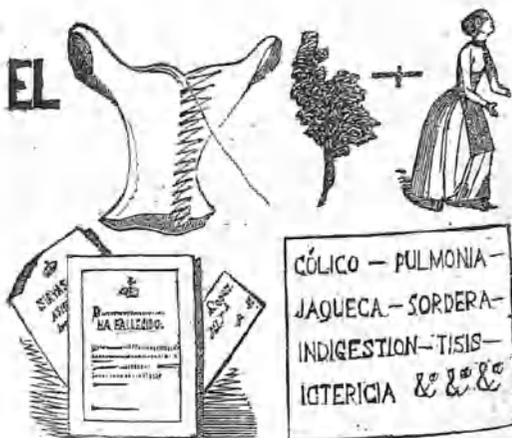
Derriba, copia y desprecia,
y á tuerto ó derecho, ¡oh primo!
si quieres nombre de artista
llénate bien los bolsillos.

José GONZALEZ DE TEJADA.

SOLUCION DEL PROBLEMA PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

En casa del herrero cuchillo de palo.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMENARIO E ILUSTRACIONES, á cargo de D. G. Alhambra.